

Voluntarios españoles del Río de la Plata en la guerra de Cuba

Ignacio García

I. La despedida a la primera expedición

Buenos Aires, 13 de septiembre de 1895, Dársena Sur. Decenas de millares de personas ocupan los muelles, los andenes, los depósitos de la aduana. A los habituales silbatos de las locomotoras y de los vapores se añaden las voces de los mercaderes que pregonan sus productos: naranjas y limones, cigarrillos y bananas, empanadas y fósforos; de chicuelos que, con los diarios de la tarde bajo el brazo, gritan: «Importantes noticias de España». No es extraño ver, entre las blusas de los obreros, las levitas de los miembros más respetables de la colectividad. Grupos de voluntarios se aproximan, acompañados de familiares, amigos y curiosos entre vítores: «¡Viva España con honra!, ¡Viva Cuba española!, ¡Viva Martínez Campos!».

Es fácil reconocer a los expedicionarios por sus boinas rojas y pañuelos blancos, sus escarapelas, cintas y demás distintivos con los colores rojo y gualdo; y sus paquetes de cigarrillos con envoltorio especial: «A los voluntarios a Cuba, obsequio de Manuel Durán». Lo más notable es que nadie invitó a tal concentración, ni se había realizado preparativo alguno: más bien al contrario. *El Eco de Galicia* cometió el 10 de agosto la imprudencia de sugerir una despedida, «las sociedades con sus orquestas y banderas, el rico con sus presentes y el pobre con sus aplausos»; pero, llamada al orden, se ciñó después como el resto de las publicaciones españolas a la consigna de discreción y silencio emanada de la recién creada Comisión Patriótica.

Con más de una hora de retraso, atraca el vapor *Saturno*, de la compañía Platense, que transportará a los voluntarios al *San Francisco*, fondeado en Montevideo. Los expedicionarios forcejean abriéndose paso: ninguno podría sobrevivir al ridículo de quedarse en tierra. En la explanada del galpón número 1007 se agrupan para el embarque. Se quiere negar la entrada a uno que parece menor de edad; sus padres acuden prestos y entre lágrimas señalan que sí está autorizado a partir. A bordo, unos cantan acompa-

ñándose de guitarras y gaitas. Otros se despiden, desde cubierta o trepando jarcias arriba a los mástiles: por agitar sus boinas, tres de ellos pierden pie y caen al agua. A las cuatro y cuarto, el vapor da la señal de salida. Un redactor les dirige la palabra: «En *El Correo* se escribirán vuestras hazañas[...] No vais a ahogar la libertad de pueblo alguno; vais a defender la integridad de la Patria».

Al soltar amarras, se lanzan desde cubierta palomas mensajeras con los avisos: «13 de septiembre de 1895. Viva el patriotismo. Viva el general Martínez Campos. Viva España». En tierra no queda una cabeza cubierta. Se disparan cohetes. «Un espectáculo conmovedor», titulará *La Nación*. «Imborrable recuerdo» para *El Eco*, su atención fija en «aquellas lágrimas de emoción que caldean las pupilas de los que ven partir seres queridos y que lejos de denotar flaquezas y desalientos, demuestran que a las afecciones del alma sabe sobreponerse el sentimiento de la Patria». Una flotilla de botes y vaporcitos sigue al *Saturno*, que se pierde ya en la rada. A bordo del *Vilariño*, un anciano grita un «Viva España» ahogado en un sollozo: «¡Pobrecitos! ¡Pobrecitos míos!».

En el muelle queda, con el corazón oprimido por el espectáculo presenciado, una multitud que tardará más de dos horas en dispersarse. «Por encima, envolviendo todo, el murmullo, ese ruido misterioso que brota del silencio de las multitudes», describirá *La Nación*. ¿Cuántas personas acudieron a la despedida? Se lee en *El Correo Español*: «No queremos precisar cifras para que no nos tachen de exagerados los eternos censores y detractores de todo lo español... pero sí podemos afirmar que NUNCA SE HA VISTO EN BUENOS AIRES TANTA AGLOMERACIÓN DE GENTE EN UN SITIO DETERMINADO» (con mayúsculas en el original).

Durante toda la noche, no hubo otro tema de conversación. Al día siguiente, *El Correo* desahogaba emociones durante días reprimidas: «¿Habrá quién, después de presenciar este espectáculo, crea que Cuba dejará de ser española?» *El Eco* terminó con estas palabras su artículo de homenaje a los expedicionarios: «¡Que el Dios de las victorias ciña sus sienes con los lauros del triunfo!».

II. La Comisión Patriótica Voluntarios a Cuba

Todo comenzó con la firma en Madrid del Real Decreto de 18 de abril de 1895 que indultaba a prófugos y desertores que se presentasen ante la autoridad competente en el plazo estipulado. *El Correo* lo publicó por primera

vez el 14 de mayo. Tras su lectura, una curiosa discusión se inicia en el diario de la colectividad. El número de desertores, se escribe, es reducido, y los gastos en los que va a incurrir el gobierno español para transportarlos, cuantiosos. ¿Por qué no aprovechar y enviar también a los voluntarios que se pudieran presentar, que serían miles? Hay en la comunidad oficiales, sargentos, cabos y soldados licenciados, algunos de los cuales ya hicieron la campaña anterior en Cuba: que se elija a los mejores. Desde aquí, la discusión toma un curioso sesgo: no sólo estarían estos soldados mejor preparados para la guerra sino que deberían tener más derechos a ir que aquellos que habían incumplido la ley de quintas. Es más: probar que es desertor o prófugo es difícil; básicamente, y careciendo de pruebas documentales, lo es todo aquel que dice serlo. ¿Será más patriótico mentir para ir a Cuba que decir la verdad y quedarse? Unos exaltados de Rosario de Santa Fe llegarán a pedir la creación de un Batallón de Voluntarios del Río de la Plata en el cual no tengan cabida ni desertores ni prófugos. Las páginas de *El Correo* no aprueban esta opción, aunque sí darán a conocer cartas que hablan de formar una unidad orgánica, un batallón o un regimiento, con los voluntarios. En todo caso, lo que el diario sí hizo fue exigir al cónsul que pidiera instrucciones a Madrid respecto a la posible inclusión de voluntarios. La respuesta fue positiva. El ministro de Estado informó a las autoridades españolas en Buenos Aires que el 6 de agosto saldría de La Habana el *San Francisco*. Ese mismo día 6 había ya 300 voluntarios inscritos; el 7, 480; el 14, 640; el 30, 1.500, y 1.700 el 5 de septiembre, cuando el consulado decidió no inscribir a más al ser el número ya excesivo.

Mientras quizás los que menos pudieran dar se preparaban para ofrecer sus vidas, las personas respetables de la colonia comenzaban a preguntarse si no habría llegado ya el momento en que también ellos contribuyeran, siquiera con dinero. ¿Bastaría con un buque? Quizá sería conveniente fletar otro que fuera custodiado por el del Gobierno. ¿Quién pagará los gastos de transporte a aquellos compatriotas del interior que quieren inscribirse, pero carecen de dinero? Son preguntas que se hacen en las páginas de *El Correo* y en los salones del Club Español, la institución de más prestigio. A través del diario, la comisión directiva del club convocó a los presidentes de todas las sociedades a una reunión a celebrarse el 8 de agosto «para tratar lo que debe hacer la colectividad española en vísperas de la partida de numerosos soldados voluntarios para la isla de Cuba», reunión de la que surgió una comisión patriótica. Su primera decisión fue abrir una suscripción que pronto recaudaría 58.000 pesos para responder a necesidades que se imponen: de provincias llegan voluntarios que, sin familiares en la capital y habiéndose gastado sus ahorros en el viaje, han de recurrir a la mendicidad para ganar

comida y techo. A ellos se unen en días sucesivos los de la capital que, ya inscritos, dejan sus trabajos sin saber aún qué día embarcarán.

La prensa argentina, que hasta entonces ha ignorado la explosión patriótica de la colonia española, empieza a mostrar signos de alarma. Protesta el 31 de agosto un lector de *La Nación*: «Mucho es ya que no se [les] discuta el derecho de levantar en nuestras ciudades bandera de enganche, luciendo los expedicionarios sus insignias sin que nadie les diga una palabra, y preparándoles una partida final». Un día antes, *El Diario*, el más laborante de los de la capital al decir de *El Correo*, publicaba informes –pintorescos y extravagantes para el periódico español, y bien pudieran serlo– que indicaban que los partidarios de Cuba libre estaban reclutando contingentes que pretendían deslizar en el *San Francisco* para abortar la expedición una vez en trayecto y hacerse con el gobierno del buque. Crecen los rumores de posibles alteraciones al orden público. El ministro de España aconseja que el *San Francisco* fondee en Montevideo, en lugar de en Buenos Aires.

III. Segunda y tercera expediciones

A esta primera expedición, en la que embarcaron 1.274 voluntarios, contando 133 del Uruguay, siguieron otras dos. En el buque *San Fernando* embarcaron el 10 de septiembre al menos 530 expedicionarios de Argentina y no más de una docena de Uruguay. Sin ser tan multitudinaria, la despedida fue también impresionante. La anécdota más simpática de la tarde: dos bellas muchachas solicitaron pasaje como hermanas de la Caridad, solicitud que, naturalmente, se rechazó. «Muchos voluntarios hubieran enfermado por tener el placer de ser asistidos por tan encantadoras señoritas», sentenció *El Correo*. *El Eco de Galicia* no dejó pasar la ocasión de resaltar el número de participantes gallegos en las expediciones: 882, frente a los 803 de las demás regiones. «Ahora, hagan nuestro país y sus hijos el comentario que quieran», finalizaba su artículo.

La tercera expedición pasó casi inadvertida. Las relaciones entre la colonia y la población argentina se habían vuelto más tensas, recientes todavía los incidentes del 23 de enero de 1896 en que españoles y jóvenes argentinos se liaron a bastonazos en los alrededores de la Avenida de Mayo y a raíz de los cuales Francisco Durán, presidente del Orfeón Español, acabó con muchos otros esposado en comisaría. Ni *El Correo* ni ninguna otra publicación española hicieron mención alguna a la partida de esta expedición antes del embarque. Justo el martes 4 de febrero, aquél informó que